

lo ha trasladado al lienzo; el poeta lo ha celebrado en los cantos; el buril lo ha reproducido y popularizado; los amantes del arte medioeval lo consideraron digno de figurar en los lugares en que las más grandes obras arquitectónicas del mundo aparecen con las mismas proporciones y belleza.» A su vista exclamó Street: «I cannot avoid pronouncing this effort of Master Matheu's at Santiago to be one of the greatest glories of christian art.»

Pero nada de esto bastó para que Gelmírez no hallara en toda la costa de Galicia quien supiera construir un buque capaz de hacer frente á las correrías marítimas de moros y normandos; y tuviera que traer de Italia maestros para fabricar los que hizo en Galicia, como quedó dicho en el décimo libro de esta obra.

Por cuánto entraran en ellos los adornos de lujo y escultura, no lo sé; pero es de creer que seguirían la costumbre de su país los constructores traídos al nuestro.

Acerca del decorado que tuvieran los buques cántabros de los tres primeros siglos de la Reconquista, yo no oso decir una palabra; si me acostara totalmente al sentir de monsieur Jal, debió de ser maravilloso; y si tranquilamente, lo que no puedo, abrazara el del

Sr. Fernández Duro, debió de ser absolutamente nulo.

De muchos y con justicia renombrados trabajos de arquitectura y escultura me sería fácil hacer lista sin salir del Norte de España; citaré sólo la catedral de León, de la cual dice la obra *España y sus monumentos* las siguientes líneas:

«Difícilmente se hallará recinto tan breve como el pórtico de la catedral de León, donde tantos y tales primores haya acumulado *el cincel de la Edad Media*.» ¿Para qué más, si esto sobra, y cumplidamente, para nuestro objeto?

Burgos, donde por tantos años residió el célebre consulado marítimo, estaba, sin exageración, llena de prodigios en ambas artes. Como he de tomar á esta ciudad por dechado del adelanto escultórico que había en Castilla cuando se descubrió, pobló y civilizó el continente americano, ahorro aquí lo que allí por fuerza he de decir; sirva, sin embargo, de muestra lo que en la obra citada más arriba se lee acerca de la iglesia de San Nicolás de Bari, de las más antiguas entre las de Burgos.

Hablando de los sillares, dice: «denegridos y desgastados, cubiertos muchos de ellos de peregrinas labores»; y luego: «de mayor



magnificencia que la portada; á despecho del estado en que se ofrecen, son los batientes que la cierran, peregrina obra de escultura.»

Cabe igual reflexión aquí á la hecha cuando enumeramos las magníficas obras que los moros nos dejaron. Sería necesario tener diseños, siquiera pintados, de los buques que bajo la vigilancia del consulado de Burgos navegaban á Francia, Inglaterra, Flandes y Noruega, ó al menos noticias, aunque confusas, de los gastos expendidos en la ornamentación de las embarcaciones que se empleaban en el lucrativo y activísimo tráfico de los mares del Norte.

Aquellas fuertes escuadras que tantos años cruzaron el estrecho de Gibraltar para cortar la comunicación entre los moros andaluces y africanos, se construyeron parte en los mares de Galicia, Asturias y Vizcaya, parte en las famosas atarazanas de Sevilla. ¿No ha dejado algo la historia naval de aquella fecha acerca de los primores empleados en el adorno de estas construcciones navales, ó en las muchas y de alto bordo que don Pedro el Cruel llevó á las costas de Cataluña y Valencia para escaramucear en ellas, como en el tomo X quedó expuesto? Nada que á mi noticia haya llegado; pero aun admitiendo que en el testimonio de Ayala, que más ade-

lante veremos, haya su parte de exageración, es inconcebible que en los pocos años interpuestos entre D. Alonso XI y el rey don Enrique II se careciera de todo ornato naval y surgiera repentinamente el suntuoso descrito por Ayala.

No fué menor el adelanto en las obras de arquitectura y escultura en la parte oriental de España que formaba la Corona de Aragón, ni de él se rastrea, en cuanto he visto, influencia de consideración en el ornato de los muchos y excelentes buques de guerra y tráfico con que en los siglos corridos entre los años 1000 y 1400 contó la marina aragonesa.

Monumentos célebres de esa época son San Pedro de Rueda, precioso monumento del siglo X, el cual «ofrece hoy todavía bellas perspectivas al pintor, magníficos detalles al escultor, líneas grandiosas y atrevidas al arquitecto... En él está vivamente reflejada la época en que las reminiscencias del estilo romano dirigían la mano del artista bizantino: los entrelazos, los follajes, las mil caprichosas combinaciones de los neo-griegos, apenas logran confundir las grandes líneas de la arquitectura del imperio.»

El monasterio de San Cucufate es otra joya artística de principios del siglo XI, célebre por su claustro del género bizantino.



«Cada corredor consta de dieciocho pares de columnas; de manera que forman el considerable total de 144. Los capiteles de estos pilares pareados ofrecen labores variadas, toscas y caprichosas, y los del corredor del Mediodía están de tal manera dispuestos que los de las columnas que dan á la parte exterior ó al patio contienen adornos de cestos, hojas, palmas, y demás propios de semejante género, al paso que los que miran al interior figuran asuntos sagrados.»

Es también construcción del siglo XI la iglesia de Santa María de Ripoll, famosa por su bella fachada; se la tiene, á juicio de los peritos, por la más completa de cuantas hay en España, y es suntuosísima en esculturas. «¿Dónde podremos ver como en ella esa aterradora tranquilidad de líneas, esa rudeza y severidad de formas, ese lujo de adornos, esa aglomeración de esculturas extrañas y al parecer incoherentes como de hombres y de fieras, de ángeles y de monstruos, de seres reales y de seres fantásticos, ese infinito simbolismo que ha caracterizado la arquitectura de todas las naciones, etcétera.»

Las catedrales de Tarragona y Barcelona; el monasterio de Poblet, panteón de los reyes aragoneses, y el inmediato de Santas

Creus, son todos monumentos que acreditan la grandeza de espíritu de la Edad Media y la perfección que la escultura había en ella logrado.

Reservamos también la descripción algo minuciosa de estos monumentos nacionales para probar con ellos el mucho adelanto escultórico-arquitectónico que había en España algunos años antes del descubrimiento de América.

Diré ahora, y de paso, que en la estatuaría se hacían preciosidades un siglo antes de este acontecimiento, como lo evidencia la tumba del obispo D. Ramón Escalas, que está en la capilla de los Inocentes de la catedral de Barcelona. «La figura que yace sobre la urna es de grandor algo mayor que el natural, y viste un ropaje tan primorosamente trabajado que sólo por el tacto, por decirlo así, puede discernirse si es mármol, ó si es bordado efectivamente.» A esta hermosa tumba del obispo Escalas sólo le disputa el mérito la de Doña Sancha Jiménez de Cabrera.

Al mérito reúne la antigüedad, y á ambas cosas cierta originalidad la hermosa iglesia de Santa María del Mar de Barcelona, cual es la de haber sido construída por el gremio de mareantes con gran lujo y profu-



si3n de esculturas. Pues, no obstante de lo generalizado y adelantado del arte escult3rico en el principado de Catalu3a, no me ha sido dado obtener dise3o alguno naval que revele la intr3nseca conexi3n que Jal da por inconcusa entre el decorado terrestre y el mar3timo. Al contrario: hallo, pero ser3 una excepci3n, prueba harto positiva de que en la marina aragonesa debi3 ser alg3n tiempo casi nula la ornamentaci3n exterior de los buques de guerra.

Porque en los art3culos 4.º, 5.º y 6.º de las instrucciones dadas en 1354 por D. Pedro IV de Arag3n para que rigieran en todos los puertos catalanes se ordena que los buques del comercio de dos 3 tres mil salmas, 3 sean de 400 3 600 toneladas, vayan armados en corso y revestidos de corazas de cuero, que es mala funda para muchos primores escult3ricos del casco.

De Francia pueden traerse mil preciosidades escult3ricas de la Edad Media en toda clase de trabajos. El sepulcro del rey Dagoberto, en la abad3a de San Dionisio, obra del siglo XII; el del conde Enrique I, en la iglesia de San Esteban de Troyes, triunfo de la estatuaria met3lica; las estatuas y la columnata del p3rtico meridional de la catedral de Bourges, del siglo XIII; el claustro de la

abad3a de Moissac, en Guyenne, siglo XII; la soberbia fachada de la catedral de Par3s, obra de los siglos XII y XIII; la abad3a de Cluny, de 3bside c3ebre en la historia de las bellas artes, son monumentos imperecederos. Muchos otros pueden agregarse 3 ellos por la profusi3n y delicadeza de sus esculturas, verbigracia, las catedrales de Strasburgo, Amiens, Toul, Verd3n, las iglesias de Colmar y de Schelestadt, la abad3a de Saint-Viton, etc.

Son las portadas de las iglesias de La3n, Ch3teauudun y Saint-Ayoult de Provins, construcciones de los primeros a3os del siglo XII, verdaderas maravillas del dominio del hombre sobre la piedra bruta. Las iglesias de Clermont, Verd3n y otras much3simas, y sobre todas la catedral de Reims y la iglesia de Saint-Trophime d'Arles, est3n pregonando 3 los siglos los prodigios escult3ricos de Francia en la Edad Media.

Y los arquitectos y escultores de estas maravillas fueron los ignorantes, avaros y holgazanes curas y frailes, como Hugues, abad de Montier-en-Derf; Aust3e de San Arnulfo; Guillaume de San Benigno de Dij3n, 3 cuyo cargo corrieron [sin sueldo] las obras de cuarenta monasterios, llegando 3 tanto n3mero la muchedumbre de artistas que di-



rigió y enseñó, que de él se dice haber influido más en el arte francés que Nicolás de Pisa en el toscano. Las portadas de las iglesias de Avallón, de Nantua, Vermantón y otras lo predicán.

Tutelón, monje de Saint-Gall, escultor y pintor, decoró con obras de sus manos las basílicas de Mayence y de Metz.

En esta diócesis hubo dos abades célebres arquitectos, ó mejor dicho, escultores, llamados Gontrán y Adelard; éste dirigió la fábrica de catorce iglesias, y Fulbert, obispo de Chartres y estatuario, fué el que regentó la reconstrucción de su hermosa catedral.

En toda clase de objetos se ve gran lujo y variedad de escultura en la Edad Media. Joinville, historiador de Luis IX, dice que aunque el santo Rey acostumbraba á administrar justicia á sus vasallos sentado en el suelo sobre un tapiz, tenía, sin embargo, un trono que la gente llamaba *le banc de monseigneur Saint-Louis*, todo hecho una escultura figurando pájaros y animales fantásticos ó legendarios.

El incensario de bronce que hubo en la catedral de Metz, que se llevó luego á Trèves, es un lindísimo trabajo del siglo XI, y lo aduzco como prueba del adelanto en orfebrería. Lacroix, en su obra *Las artes en la*

*Edad Media y en la época del Renacimiento*, da su facsímil, y también el de un cáliz, otra preciosidad en su género, que fué de la iglesia de San Dionisio.

¿Pero qué rastro de estas obras y primores ha encontrado Mr. Jal en la arquitectura naval francesa? Meras conjeturas de lo que debió de haber, deducidas de la correspondencia mutua entre las artes de mar y tierra: no está, en verdad, desnuda de fundamento la teoría; pero puedo afirmar que no la hará buena con facsímiles: yo he procurado ver algunos del siglo XI y los tres siguientes, y nada me ha sido posible hallar fuera de los diseños de la mencionada tapicería de Bayeux.

En los desembarcos de los cruzados franceses en Damietta y Cartago se ven cinco ó seis buques, alguno en primer término; pero tan pobres de ornamentación, que más parecen signos de barcos que otra cosa. Y como no puede admitirse tal desaliño y rusticidad en los buques franceses de aquella época, será preciso atenuar, pero no aniquilar, para Francia la generalísima expresión de Mr. Jal, dejando sólo para esta nación, hasta el siglo XV, una mediana ornamentación naval en la Edad Media.

La revolución político-religiosa porque



atravesó Inglaterra en el siglo XVI llevó á cabo la destrucción de innumerables obras de escultura de incontestable mérito muchas de ellas; testigo Fontevraud, que fué lo más castigado por aquel espíritu de tolerancia que el protestantismo trajo al mundo.

Sobran, sin embargo, todavía en Inglaterra monumentos de toda clase para hacer ver que en ella, como en Francia y en España, llegó la escultura á muy marcada perfección desde el siglo XI al XIV, que son particularmente los de nuestro estudio.

Acerca de Inglaterra voy á tomar otro ramo de escultura diverso del tomado para España y Francia; y así, transmitiendo preciosidades análogas á las referidas en el rápido vistazo que dimos á algunos monumentos de estas dos naciones, me fijaré solamente en la estatuaria inglesa, que es bellísima, tomando por comienzo de ella las estatuas sepulcrales de Enrique II y su mujer Eleonor de Guiena, las de Ricardo Corazón de León é Isabel de Angulema, todas del siglo XII, y que ostentan no escaso trabajo del cincel sobre la piedra.

En la catedral de Worcester está la del rey D. Juan II, llamado por la historia Juan sin Tierra, notable por la profusión de pliegues en el vestido ó túnica guerrera que se usa-

ba en la época de las Cruzadas. A esta hermosa estatua y á otras muchas, cuyos facsímiles, muy bien hechos y dibujados, pueden verse en el *Memorial Effigies of Great Britain*, se aventaja la sepulcral de Hugo de Northwold, obispo de Ely, en cuya catedral está enterrado. Más que por la estatua dicha, hago mención de este monumento por el riquísimo adorno escultural de la tabla del sepulcro, de relieves magníficos, entre los cuales está inscrita la estatua.

La de Juan Straford, arzobispo de Canterbury, revestido de pontifical, con palio, es un trabajo de primer orden, sobre todo por la finura de los adornos que llevan el manípulo y la parte inferior del alba. La casi totalidad de los sarcófagos, cuyos diseños da la citada obra inglesa, se terminan en la estatua; alguno que otro, sin embargo, llevan una especie de catafalco de buen gusto y primor formando un todo con el sepulcro. Tales, verbigracia, en la iglesia de Minster el arco que adorna el sarcófago de Sir Roberto Shurland.

Por la guerrera expresión que tiene la estatua del conde de Oxford, Roberto de Vere, por lo airoso del ropaje, por lo fino de los labrados del escudo y por la delicada labor de la cota de malla, que le cubre la cabeza,



brazos y piernas, recuerdo aquí esta preciosa escultura de la iglesia de Goberton, en el Condado de Lincoln.

Conforme se va aproximando el siglo XIV, la escultura se perfecciona en Inglaterra: el león puesto á los pies de los guerreros como símbolo del valor, deja la figura poco acabada del siglo XI y del siguiente, y el perro, signo de la fidelidad, echado á los pies de las damas en sus estatuas sepulcrales, gana en dibujo y proporciones.

Sir Guy Brian tiene en la abadía de Tewkesbury un lindo catafalco de cinco cuerpos muy esbeltos, con variedad de agujas caladas y labores de muy fino cincel en todos ellos.

De exquisita labor y gusto son también las coronas y almohadones de Enrique IV y su mujer Juana de Navarra, precioso grupo de la catedral de Canterbury, superior al de Sir Roberto Crushill y su esposa: el atavío mortuorio de ésta es tan precioso como modesto; toda la estatua parece que espera en breve el momento de la resurrección. Está con manto hasta los pies, muy bien caído y dejando ver toda la delantera del vestido de pliegues muy serios y elegantes.

Triunfa aquí la sentencia de Jal, si no tan cumplidamente como él la expresa, sí lo bas-

tante para hacer ver que la Edad Media no desterró por completo del mar las elegancias del cincel y la pintura. Los modelos de buques ingleses conservados en los sellos y estampas de la Edad Media, manifiestan que el velamen era muy atendido acerca de la ornamentación; en él se estampaban las armas reales ó las de personajes ilustres, ú otros diversos emblemas. Describiendo Elmhan la vela de un buque de Enrique V, dice que estaba profusamente blasonada con las armas reales, y que en la vela del *King Hall* estaba pintado el escudo real con la pluma de avestruz y estrellas, signos reales característicos de entonces.

Bordado en estambre llevaba el *Cog John* en la vela el escudo regio; la del *Nicholas* llevaba en el suyo un cisne, y la del *Katherine of the Tower* un antílope subiendo por una baliza, otro de los escudos de Enrique V.

Los buques que sirvieron en las Cruzadas llevaban también en la vela con que se les pinta una gran cruz, cualquiera que fuese la nacionalidad á que pertenecieran; qué mérito tuvieran no lo sabré decir, pero no faltarían parecidas á las velas inglesas acabadas de describir, ni doradas tampoco.

*The Ship* dice en el artículo que dedica á esta materia que algunos extractos saca-



dos de las relaciones de los cronistas de aquel tiempo dan idea de la esplendidez con que se adornaban los buques. Así, verbigracia, refiere que en 1400 una embarcación real, pintada toda de encarnado, tenía por adornos de escultura collares y jarretieras, flores de lis, leopardos y galgos blancos atraillados con correas de oro puro, como lo eran los collares que llevaban, etc.

El buque *Good peace of the Tower* tenía por figurón de proa un águila grande de oro y una corona en el pico: el casco dado de rojo, pero las batayolas, cámara y popa iban de otros colores.

Pintado igualmente de rojo ó encarnado estaba el *Trinity of the Tower*, en cuya popa se veían las efigies de San Jorge, San Antonio, Santa Catalina y Santa Margarita, y entre ellas cuatro escudos de las armas reales ceñidas de collares de oro: Otros dos que ostentaban las armas de San Jorge llevaban por orla, no collares, sino la jarretiera, igualmente de oro. Dos hermosas águilas lucían pintadas en la cámara.

La falúa real *Nicholas of the Tower* llamaba la atención por el escudo que ostentaba del príncipe de Gales. Estaba pintado de negro y manchado ó tachonado de muchas plumas blancas de avestruz con cañones de

oro. En la cámara llevaba grandes escudos reales con sus armas y las de San Jorge, y un busto de San Cristóbal.

El *Holy Ghost*, que se construyó en Southampton para Enrique V, tenía por adornos los emblemas del cisne y del antílope, y uno de los buques de mayor porte, quizá este mismo, juntaba á los dos animales dichos varios escudos de armas y esta divisa: *Une sanz plus*, en más de un sitio.

El *Cog John*, propiedad de dicho monarca, llevaba al tope cetro, corona y la cimera del escudo de sus armas, que es el león de Inglaterra coronado. En el cabrestante había tallados á manera de flores de lis.

Todo lo dicho hace creer fundadamente que en las construcciones coetáneas á éstas no debieron faltar las esculturas.

De Italia no he de dar descripción alguna particular para dejar probado que en la Edad Media abundaba en toda clase de adornos escultóricos. La portada de la iglesia de Grotta Ferrata, de fines del siglo X, San Marcos de Venecia y mil otros monumentos tan variados y antiguos como se quieran, verbigracia, la iglesia de San Vidal en Ravena, que es de 547, están todas ellas acreditando la sentencia. Y en Italia, país propio de las bellas artes, no podían faltar adornos y pin-



turas en la numerosa marina de aquellas poderosas Repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, ya que en la del Imperio se ven popas bien talladas, como la de la galera de Otón, prisionero de Sebastián Zani en 1177.

Y como en Italia hubo gran movimiento marítimo con ocasión de las cruzadas, no dejarían las fuerzas navales italianas de presentarse en aquel gran palenque marítimo del mundo entero tan ataviadas como se presentaron las del conde de Jaffa, que llevaban espolones de variadísimas pinturas, multitud de escudos resplandecientes en el casco, etc.

Y baste este ejemplo para creer que en tiempos de las Cruzadas había cierto lujo de ornamentación naval en todas partes, aunque no de todas haya yo podido aducir pruebas de ello; la razón natural dicta, y la historia lo confirma, que las construcciones navales de todas las naciones son sumamente parecidas, adoptando todas cualquier adelanto que haga una de ellas (1). El amor pro-

(1) Sirva de ejemplo, aunque en pequeño, la total desaparición de los mascarones de proa y otros adornos que hasta hace pocos años llevaban todos los buques de guerra, hoy en todos suprimidos. El Almirantazgo inglés quiere, sin embargo, que se conserven los antiguos si tienen representación alguna histórica.

«The admiral Superintendents of Dockyards have

pio nacional se interesaba además en el ornato exterior, y no dejaría de ser chocante la discordancia entre los galanes buques ingleses y los catalanes forrados de cuero.

El conjunto general de lo que hasta aquí llevo expuesto acerca de la ornamentación naval, puede compendiarse en esta forma: en ninguna nación faltó en la Edad Media, aunque en todas muy inferior á la empleada en los grandes edificios y monumentos de aquellos siglos de grandeza.

Fueron entonándose luego las bellas artes, y así vemos en el siglo XIV toda una armada de 1.287 buques recogida, según Froissard, de todos los puntos del Océano desde Sevilla hasta el Báltico, ostentar tanto lujo de escultura que su narración parece fábula; está, sin embargo, abonada la verdad de ella con irreprochables testigos.

Aprestaron esta escuadra el rey de Francia Carlos VI y Enrique II de Castilla para hacer guerra contra Ricardo de Inglaterra.

been informed that it is considered desirable that figure-heads of ships sold out of the service should be retained in those cases where they are of historic interest, and the admiral Superintendent of each Dockyard is requested to state in any future survey of a ship for sale, whether it is proposed to retain the figure-head or not.»

(De la *United Service Gazette*, con fecha 10 de Marzo.)